

MES MISIONERO 2023

FORMACIÓN PARA COORDINADORES Y MISIONEROS

Catequesis
Camino
de fe

MES MISIONERO 2023

A stylized, abstract graphic of a tree in shades of light gray and white. The tree has a central trunk and several branches extending outwards. The branches are composed of thick, white, curved lines. There are several white circles of varying sizes scattered throughout the tree's canopy, representing leaves or nodes. The background is a solid light gray color.

FORMACIÓN PARA COORDINADORES Y MISIONEROS

ÍNDICE

1. PRIMER ENCUENTRO DE FORMACIÓN ¿ENTIENDES LO QUE ESTÁS LEYENDO?	07
TEMA DE FORMACIÓN: TE BUSCABA SIN SABERLO	11
1. El hombre que cruza por el desierto	12
2. La Iglesia, llamada a caminar con el hombre	14
3. Cristo como respuesta a los interrogantes del hombre	16
SEGUNDO ENCUENTRO DE FORMACIÓN ¿Y CÓMO VOY A ENTENDERLO SI NADIE ME GUÍA?	20
TEMA DE FORMACIÓN: ME FUE ENVIADO UN GUÍA Y COMPAÑERO DE CAMINO	24
1. La catequesis parte de la realidad del catequizando	26
2. La catequesis se inspira en la Palabra de Dios	27
3. La catequesis incluye una formación doctrinal	28
4. La catequesis debe suscitar un proceso serio de conversión	29
5. La catequesis se sella en la celebración de los sacramentos	30
TERCER ENCUENTRO DE FORMACIÓN SIGUIÓ SU CAMINO LLENO DE ALEGRÍA	33
TEMA DE FORMACIÓN: AVANZANDO EN LA FE Y EN LA FRATERNIDAD	37
1. Necesidad de profundizar en la experiencia de fe	39
2. La vigilancia cristiana	40
3. La experiencia de comunidad	41
4. El testimonio cristiano y el compromiso apostólico	42

INTRODUCCIÓN

Este año tenemos una nueva oportunidad de fortalecer los procesos de evangelización de nuestras parroquias e instituciones eclesiales arquidiocesanas. Esta revitalización no es accesorio, sino que hace parte de nuestra esencia como Iglesia: “La Iglesia existe para evangelizar” (EN 14). El hecho de experimentar todos juntos este Mes Misionero, nos permite acoger el impulso del Espíritu Santo y sentir que somos una Iglesia particular que se une para vivir lo esencial de su propio ser y de su propia misión.

Es el momento de retomar el sentido profundo de la Catequesis, no como una serie de procesos aislados y efímeros con el fin de preparar la celebración de alguno de los sacramentos, sino entendiéndola como el medio que tiene la Iglesia para transmitir y profundizar la fe, de llevar a una auténtica celebración, de insertar a la vida de la comunidad y de abrir al compromiso apostólico. Todo ello, acogiendo la semilla del Evangelio dentro de un verdadero proceso de germinación, crecimiento y maduración que llevará a dar fruto abundante.

El texto del libro de los Hechos de los Apóstoles narra el encuentro entre Felipe y el eunuco etíope (Hch 8, 26-40) permitiéndonos descubrir las etapas del Camino de Fe: en primer lugar, la realidad vivida por el eunuco y su búsqueda, su encuentro con Felipe, quien le anuncia la Buena Nueva de Jesucristo; el deseo del funcionario real de hacer parte de los discípulos de Jesús y de insertarse a la vida en comunidad; la celebración de la fe mediante los sacramentos y, finalmente, tomar el camino del Señor con gran compromiso. Las etapas iniciales de este Camino no son suficientes, pues el bautizado necesitará seguir avanzando a través de nuevas etapas de crecimiento, profundización y maduración de la fe, es decir, necesitará una formación constante (catequesis permanente) para no estancarse en algún recodo del recorrido o evitar cualquier retroceso.

Así pues, todos necesitamos ser catequizados en cualquier etapa de ese Camino de Fe, ningún cristiano está exento de la formación permanente, pues necesitamos ser alimentados por la Palabra y por el Pan de Vida, para mantenernos como miembros activos de la Iglesia, insertados en el Cuerpo de Cristo, perseverantes en la fe.

Veamos, entonces, a partir de tres expresiones de este pasaje sobre el encuentro entre Felipe y el eunuco, esos momentos importantes de nuestro Camino de Fe: evangelización, catequesis y pastoral. Así descubriremos con mayor claridad la importancia de hacer parte de una comunidad, de celebrar la experiencia de fe y de adquirir un compromiso apostólico concreto.



PRIMER ENCUENTRO DE FORMACIÓN

¿ENTIENDES LO QUE ESTÁS LEYENDO?

Objetivo: Descubrir el anuncio de Cristo como respuesta a los interrogantes del hombre.

Bienvenida: El moderador de la reunión acoge a los participantes explicándoles que éste será el primero de 3 encuentros que se vivirán como preparación para la realización del mes misionero, el cual, tiene este año como énfasis la Catequesis como Camino de Fe.

Oración inicial:

Ven, oh, Espíritu Santo, atiéndenos,
Espíritu del Padre, vivifícanos,
Espíritu del Hijo, sálvanos.

Oh, Amor eterno, llénanos,
con tu fuego, inflámanos,
con tu luz, ilumínanos.

Fuente viva, sácianos,
de nuestros pecados, lávanos.
Por tu unción, fortalécenos.

Por tu consuelo, confórtanos.
Por tu gracia, guíanos.
Por tus ángeles, protégenos.

No permitas jamás que nos separemos de Ti,
Dios Espíritu Santo, escúchanos.

Con el dedo de tu gracia, tócanos.
Vierte en nosotros el torrente de la virtud.
Fortalécenos con tus dones,
y con tus frutos, refrigéranos.

Líbranos del maligno enemigo,
en la última batalla, úngenos,
a la hora de la muerte, defiéndenos.

Entonces llámanos hacia Ti,
para que con todos los santos
alabemos al Padre, al Hijo y a Ti,
consolador piadoso y eterno. Amén.

Lectio Divina:

Del libro de los Hechos de los Apóstoles

8,26-40:

«En aquellos días, un ángel del Señor habló a Felipe y le dijo: “Levántate y marcha hacia el sur, por el camino de Jerusalén a Gaza, que está desierto.” Se levantó, se puso en camino y, de pronto, vio venir a un etíope; era un eunuco, ministro de Candaces, reina de Etiopía e intendente del tesoro, que había ido a Jerusalén para adorar. Iba de vuelta, sentado en su carroza, leyendo al profeta Isaías.

El Espíritu dijo a Felipe: “Acércate y pégate a la carroza”. Felipe se acercó corriendo, le oyó leer el profeta Isaías, y le preguntó: “¿Entiendes lo que estás leyendo?” Contestó: “¿Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía?” E invitó a Felipe a subir y a sentarse con él.

El pasaje de la Escritura que estaba leyendo era este:
*“Como cordero fue llevado al matadero,
como oveja muda ante el esquilador, así no abre su boca.”*

En su humillación no se le hizo justicia.

¿Quién podrá contar su descendencia?

Pues su vida ha sido arrancada de la tierra”.

El eunuco preguntó a Felipe: “Por favor, ¿de quién dice esto el profeta?; ¿de él mismo o de otro?”

Felipe se puso a hablarle y, tomando pie de este pasaje, le anunció la Buena Nueva de Jesús. Continuando el camino, llegaron a un sitio donde había agua, y dijo el eunuco: “Mira, agua. ¿Qué dificultad hay en que me bautice?”

Mandó parar la carroza, bajaron los dos al agua, Felipe y el eunuco, y lo bautizó. Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. El eunuco no volvió a verlo, y siguió su camino lleno de alegría.

Felipe se encontró en Azoto y fue anunciando la Buena Nueva en todos los poblados hasta que llegó a Cesarea».

Palabra de Dios

Se puede abrir un diálogo teniendo en cuenta las siguientes preguntas:

- ¿Cuáles de las frases de esta Palabra nos han llamado particularmente la atención?
- ¿Qué le puedo decir a Dios a partir de este encuentro y meditación?
- ¿A qué actitudes y acciones me invita esta lectura bíblica?

Después de escuchar algunas de las respuestas, el sacerdote, o quien dirija la Lectio Divina en su nombre, podría dar algunas orientaciones que ayuden a ampliar la comprensión de este texto. Aquí proponemos algunas ideas:

Este pasaje presenta tres momentos importantes para la evangelización:

- El primero es la **disponibilidad** de Felipe que va a anunciar a Jesucristo. Felipe es dócil a la invitación del Señor: “levántate, deja esto y ve allí, por ese camino”. Felipe,

comprometido con la causa del Evangelio, obedece y se dirige hacia donde lo llama el Señor. Esta actitud es necesaria a la hora de salir a anunciar la Buena Nueva de Jesús.

- Al escuchar, entonces, que ese hombre “leía al profeta”, Felipe “armándose de valor preguntó: ¿entiendes lo que estás leyendo?” He aquí el punto exacto que nos lleva a un segundo momento dentro del proceso de la evangelización: el **diálogo**. Dialogar no significa decir sólo lo que yo pienso o pretender que el otro nos crea y se dedique a escuchar un monólogo. Se trata de una escucha atenta y auténtica que permite que el diálogo parta de la realidad del otro: “tú que estás leyendo, ¿entiendes esto?” En definitiva, el evangelizador toma del otro la ocasión para el diálogo. No va a imponer ideas o doctrinas diciendo: “las cosas son así”. El auténtico evangelizador sale al encuentro del otro, la calidad de su escucha le permitirá proponerle con humildad y profunda convicción la experiencia salvadora de Jesús.

- El eunuco sintió la fuerza de Dios en su interior, quiso experimentar más fuertemente ese tesoro que encontró, tesoro que solo no hubiera podido encontrar. Estamos ante la fuerza de la gracia, del **signo sacramental**, de la iniciación cristiana. Un paso fundamental en el proceso de la evangelización. Felipe le abre la puerta de los sacramentos, el bautismo. “Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y el eunuco no lo vio más.” El evangelizador desaparece para que aparezca Cristo y su Cuerpo que es la comunidad creyente. “El eunuco, lleno de alegría, siguió su camino”, ese camino es el camino de los discípulos, el camino de la Iglesia, el camino del compromiso cristiano, el camino de una formación constante que le permitirá crecer y vivir junto a su Maestro y configurarse como su discípulo misionero.

TEMA DE FORMACIÓN

TE BUSCABA SIN SABERLO

Comenzamos nuestra preparación para el Mes Misionero que, como venimos haciéndolo desde hace algunos años, se ha convertido en un momento especial de la vida de todas las parroquias de nuestra Arquidiócesis, que encuentran en este mes un impulso para renovar la acción pastoral, siguiendo aquella invitación de “ser una Iglesia en salida” (EG 20); pero también cada uno de nosotros encuentra en este mes una oportunidad concreta de renovar su identidad de discípulo misionero de Jesucristo.

De manera especial, este año, el Mes Misionero quiere llevarnos a reflexionar sobre el tema: “Catequesis, Camino de Fe”; que es una invitación a que todos descubramos la necesidad que tenemos de la catequesis permanente en la vida de fe, que nos lleve a no quedarnos en la superficialidad, sino a permitir que la Palabra del Señor se arraigue en nosotros con toda su riqueza (Col 3, 16); pero que también nos quiere motivar a que, como misioneros, asumamos la catequesis como el método propio de la transmisión de la fe, ya que lleva al cristiano, por medio del anuncio de la Palabra, la iluminación doctrinal, la experiencia de vida y de conversión y la celebración, a tener un encuentro personal con Jesucristo.

Para prepararnos a hacerlo, este año, vamos a tener tres catequesis, que iluminadas por el texto del encuentro de Felipe con el eunuco, que hemos reflexionado hoy en la Lectio divina, nos lleven a descubrir la fuerza que tiene la catequesis en la vida cristiana, comenzando en este primer encuentro con una invitación a pensar que el anuncio de Cristo es la respuesta a los interrogantes del hombre.

1. El hombre que cruza por el desierto

Cuando miramos la realidad que vivimos hoy, seguramente descubrimos un momento particular en el que pareciera que las seguridades se derrumban, que aquellos valores, principios, costumbres y técnicas con las que estábamos acostumbrados a caminar parecen entrar en desuso, o no responder de la mejor manera a las nuevas realidades que nos desafían.

Hay que decirlo abiertamente: estamos viviendo un cambio de época; no podemos quedarnos en el romanticismo que nos lleve a aferrarnos a un pasado que no volverá; no estamos frente a una época de cambios superficiales, hoy estamos en un momento donde el mundo se está configurando de nuevo y, por eso, podemos ver que muchas cosas a nivel social, político y económico están en crisis.

El momento que estamos viviendo nos ha puesto delante grandes contrastes: de un lado vivimos en un mundo cada vez mejor conectado gracias a los avances tecnológicos que a través de las redes sociales nos permiten estar en contacto con casi cualquier persona en el mundo, pero a la vez estamos experimentando un fenómeno de soledad y aislamiento, en el que las relaciones humanas se han hecho cada vez más frágiles y donde la absolutización de los quehaceres nos roba el espacio para el encuentro con los demás. Hoy tenemos grandes posibilidades de acceder al conocimiento, bien sea porque muchos más pueden educarse gracias a una cobertura cada vez más amplia del mundo educativo y también a las facilidades de acceso a la información que ha traído la tecnología, pero al tiempo todo ese mayor conocimiento no nos ha llevado a vivir mejor, incluso algunos, llenos de conocimientos y posibilidades, son incapaces de encontrar sentido para su vida. Hoy podemos satisfacer más necesidades materiales, gracias a la enorme oferta de productos y servicios que se nos presentan; pero no necesariamente esto nos ha llevado a ser más felices, sino que, por el contrario, aparecen rasgos de una sociedad dominada por la ansiedad y la depresión.

“La visión que, en gran parte, ha construido la sociedad de hoy sólo ha pensado en un bienestar exterior. Si no hay un referente trascendente es imposible encontrar sentido, la calidad humana disminuye, muchos grupos humanos quedan sin protección y sin futuro y la verdadera justicia social nunca llega. La sociedad ha sido víctima de un engaño: creer que la producción y generación de riqueza era el sentido mismo de la vida. Esa dinámica nos puso en una permanente ansiedad, en un terrible individualismo y por último en una lamentable polarización y confrontación. Junto a esto, una creciente secularización nos volvió la vida más compleja, más acelerada, más frívola y más triste. La vida se empobreció al desvanecerse los conceptos esenciales de sabiduría, de virtud y de trascendencia. Cada uno inventando el sentido para vivir y muchos mendigándolo en ideologías, que siendo sólo ideas, no pueden responder a la realidad integral de la persona” (Mons. Ricardo Tobón Restrepo, *Un mundo sin alma*, 10 al 16 de mayo de 2021, El Semanario Arquidiocesano No. 746).

Si quisiéramos utilizar una imagen para definir nuestro mundo podríamos volver a la del eunuco del texto que hemos proclamado en la Lectio Divina. San Lucas insiste en que el eunuco pasaba por un camino desértico (Hch 8, 26), se trata no sólo de una imagen física que habla de la geografía exterior por la que el eunuco pasaba en su viaje; parece más bien una imagen que describe la geografía de su corazón: está “en desierto”; y esto se manifiesta de muchas maneras: es eunuco, luego es incapaz de engendrar vida; es un buscador, de hecho, ha subido a Jerusalén tratando de tener un encuentro con el Señor, pero ahora vuelve a su tierra sin respuestas; lee la Palabra, pero no la comprende.

Podríamos, a la luz de esta imagen, pensar que nosotros somos ese eunuco: también nosotros nos sentimos viviendo un momento de la historia que no alcanzamos a entender, en el que se nos venden propuestas fáciles de sentido y de felicidad, muchas de ellas con tintes espirituales, pero que

nos dejan vacíos y estériles; buscamos sin encontrar y, entonces, muchas veces decepcionados, perdemos el sentido de la vida. En el fondo, ¡pasamos por el desierto!

2. La Iglesia, llamada a caminar con el hombre

Podríamos entonces preguntarnos: Como Iglesia, ¿cómo podemos situarnos en este momento? ¿Cómo responder a estas realidades que desafían nuestra evangelización, nuestra liturgia y nuestro quehacer pastoral?

La respuesta la encontramos en el mismo pasaje del diálogo de Felipe con el Eunuco, y podemos sintetizarla en 3 puntos:

- **“Levántate y Marcha”** (v.26): La Iglesia está llamada a ponerse en marcha; no puede quedarse en la comodidad mientras el mundo pasa por necesidades y mientras tantos se pierden sin encontrar el sentido para sus vidas. La Iglesia está llamada a ponerse en camino. “La Iglesia siempre para ser fiel al Señor debe estar de pie y en camino: 'Levántate y marcha'. Una Iglesia que no se levanta, que no está en camino, se enferma” (Francisco, homilía 4 de mayo de 2017).
- **“Acércate y pégate a la carroza”** (v.29): La Iglesia está llamada a acercarse; no puede permanecer lejana de los hombres y de sus necesidades. En *Evangelii Gaudium* el Papa Francisco ha hablado de la necesidad de involucrarse y la explicó diciendo que “la comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo. Los evangelizadores tienen así «olor a oveja» y éstas escuchan su voz” (EG24). No hacerlo, nos lleva a la dolorosa situación en la que “la comunicación de la fe a menudo utiliza lenguajes que nadie entiende, se dirige a auditorios que ya no existen, res-

ponde a preguntas que nadie tiene y aborda problemas que nadie vive" (Mons. Ricardo Tobón Restrepo. *Desafíos que debe afrontar hoy la catequesis*, en: <https://www.cec.org.co/sistema-informativo/opinion/desafios-que-debe-afrontar-hoy-la-catequesis-0>).

- **“¿Entiendes lo que vas leyendo?”** (v. 30): La Iglesia está llamada a hacer suyos los interrogantes del hombre; nada de lo humano puede resultarle lejano o ajeno si quiere responder verdaderamente a su tarea que es evangelizar. Bien lo dice la introducción de la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual del Concilio Vaticano II: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia” (GS 1).

Como vemos, Felipe aparece en el texto como un ícono de lo que es la Iglesia, que ha sido enviada también por el Espíritu Santo con la tarea de salir a caminar por los desiertos para encontrar allí a los hombres que andan perdidos, que vagan sin sentido, que carecen de fruto, que están sedientos, para acompañarlos en su camino.

3. Cristo como respuesta a los interrogantes del hombre

Hay una clave en el texto, que aparece en el versículo 35: “Entonces Felipe, abriendo su boca, y comenzando desde esta escritura, le anunció el evangelio de Jesús”. Allí comienza el cambio profundo en la vida de este eunuco, que comprende que en Cristo están las respuestas a todos los interrogantes que tenía en su vida, por eso el que antes no entendía llegará a decir con fe: “Creo”; que en Cristo está la solución a su esterilidad, porque el anuncio de Cristo lo saca de la soledad y lo integra en una familia espiritual; que en Cristo la sequedad y el vacío se transforman en un torrente de agua que salta hasta la vida eterna.

Hay que decirlo sin ambigüedades ni titubeos: Cristo no es alguien que vive en el pasado; su Palabra no es un lenguaje pasado de moda; sus enseñanzas no se quedaron anquilosadas en el tiempo. Él, como lo dice la carta a los Hebreos, es el mismo ayer, hoy y para siempre (Heb 13, 8), y esa eterna novedad suya sigue siendo la respuesta y el alimento que todos necesitamos.

Esto podemos verlo con certeza a través del testimonio de tantas personas que, al recibir el anuncio de Cristo, han sido capaces de transformar para siempre sus vidas, mostrando cómo el Evangelio es el camino que lleva a la verdadera libertad y a la auténtica felicidad. Los primeros en ello son los santos, que son los verdaderos hombres, libres y felices, porque en Cristo encontraron el camino seguro que los condujo a su plena realización.

Cuando el Papa San Juan Pablo II habló de la Nueva Evangelización, insistió en que debe ser nueva en sus métodos, en su ardor y en sus expresiones, es decir, que debe tener la capacidad de acercarse al hombre de hoy con sus problemas

nuevos, con sus luchas nuevas, con las realidades nuevas que lo rodean; pero no puede cambiar el contenido, porque sólo en Cristo hay salvación, sólo en Cristo hay vida nueva, sólo en Cristo se puede llegar a la plenitud del amor.

Nuestra sociedad y nosotros mismos, que cruzamos por el desierto de la historia, tantas veces sin comprender bien lo que vivimos, tantas veces perdidos y sin poder encontrar sentido y horizonte, estamos todos llamados a mirar a Cristo, a encontrar a Cristo, a dejar que Cristo transforme nuestra vida.

Ya lo dijo el Papa Benedicto XVI en la misa de inicio de su pontificado, recordando al amado San Juan Pablo II:

“En este momento mi recuerdo vuelve al 22 de octubre de 1978, cuando el Papa Juan Pablo II inició su ministerio aquí en la Plaza de San Pedro. Todavía, y continuamente, resuenan en mis oídos sus palabras de entonces: “¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!” El Papa hablaba a los fuertes, a los poderosos del mundo, los cuales tenían miedo de que Cristo pudiera quitarles algo de su poder, si lo hubieran dejado entrar y hubieran concedido la libertad a la fe. Sí, Él ciertamente les habría quitado algo: el dominio de la corrupción, del quebrantamiento del derecho y de la arbitrariedad. Pero no les habría quitado nada de lo que pertenece a la libertad del hombre, a su dignidad, a la edificación de una sociedad justa. Además, el Papa hablaba a todos los hombres, sobre todo a los jóvenes. ¿Acaso no tenemos todos de algún modo miedo –si dejamos entrar a Cristo totalmente dentro de nosotros, si nos abrimos totalmente a él–, miedo de que Él pueda quitarnos algo de nuestra vida? ¿Acaso no tenemos miedo de renunciar a algo grande, único, que hace la vida más bella? ¿No corremos el riesgo de encontrarnos luego en la angustia y vernos privados de la libertad? Y todavía el Papa quería decir: ¡no! quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se

abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera. Así, hoy, yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros, queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a Él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida.”

Este mes misionero debe ser la oportunidad para que nosotros abramos las puertas a Cristo y para que en cada hogar que visitemos, en cada asamblea que acompañemos, en cada actividad que realicemos, anunciemos a Cristo, que es el único en quien hay vida, y vida abundante (cf. Jn 10,10b).

Oración final:

¡Tarde te amé,
hermosura tan antigua y tan nueva,
tarde te amé!

Tú estabas dentro de mí, y yo fuera,
y por fuera te buscaba, y deforme como era
me lanzaba sobre las cosas hermosas por Ti creadas.

Tú estabas conmigo,
y yo no estaba contigo.
Me retenían lejos de Ti todas las cosas,
aunque, si no estuviesen en Ti, nada serían.

Llamaste y clamaste,
y rompiste mi sordera.
Brillaste y resplandeciste,
y pusiste en fuga mi ceguera.

Exhalaste tu perfume,
y respiré,
y suspiro por Ti.

Gusté de Ti,
y siento hambre y sed.
Me tocaste,
y me abrazó tu paz.

(San Agustín, Confesiones, Libro X, Capítulo XXVII, 38)



SEGUNDO ENCUENTRO DE FORMACIÓN

¿Y CÓMO VOY A ENTENDERLO SI NADIE ME GUÍA?

Objetivo: Valorar la catequesis como método de transmisión de la experiencia de la fe.

Bienvenida: El moderador de la reunión acoge de nuevo a los participantes, explicándoles que esta vez se trata del segundo encuentro de preparación para la realización del Mes Misionero. Puede recordar el objetivo general del Mes Misionero (revitalizar el proceso de evangelización en la parroquia), algunos puntos de enlace con el tema anterior y el énfasis dado a la Catequesis como Camino de Fe.

Oración inicial:

Espíritu Santo,
perfecciona la obra que Jesús
comenzó en mí.

Acerca para mí el tiempo
de una vida más llena de tu presencia.
Da muerte en mí
al orgullo y al egoísmo.

Quiero ser sencillo,
lleno de amor de Dios
y constantemente generoso.

Que ninguna fuerza humana
me impida hacer honor
a mi vocación cristiana.

Que ningún interés, por descuido mío,
vaya contra la justicia.
Que ningún egoísmo reduzca en mí
los espacios infinitos del amor.

Todo sea grande en mí.
También el culto a la verdad
y la prontitud en mi deber hasta la muerte.

Que la efusión de tu gracia
venga sobre mí, sobre la Iglesia
y sobre el mundo entero. Amén.

(Oración al Espíritu Santo, San Juan XXIII – adaptación)

Lectio Divina

Del libro de los Hechos de los Apóstoles

(2, 14.22-33)

El día de Pentecostés, Pedro, poniéndose en pie junto con los Once, levantó su voz y con toda solemnidad declaró:

«Judíos y vecinos todos de Jerusalén, entérense bien y escuchen atentamente mis palabras. Israelitas, escuchen estas palabras: a Jesús el Nazareno, varón acreditado por Dios ante ustedes con los milagros, prodigios y signos que Dios realizó por medio de él, como ustedes mismos saben, a este, entregado conforme al plan que Dios tenía establecido y previsto, ustedes lo mataron clavándolo a una cruz por manos de hombres inicuos. Pero Dios lo resucitó, librándolo de los dolores de la muerte, por cuanto no era posible que ésta lo retuviera bajo su dominio, pues David dice, refiriéndose a él:

«Veía siempre al Señor delante de mí, pues está a mi derecha para que no vacile.

Por eso se me alegró el corazón, exultó mi lengua,
y hasta mi carne descansará esperanzada.
Porque no me abandonarás en el lugar de los muertos,
ni dejarás que tu Santo experimente corrupción.
Me has enseñado senderos de vida,
me saciarás de gozo con tu rostro”.

Hermanos, permítanme hablarles con franqueza: el patriarca David murió y lo enterraron, y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy. Pero como era profeta y sabía que Dios “le había jurado con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo”, previéndolo, habló de la resurrección del Mesías cuando dijo que “no lo abandonará en el lugar de los muertos” y que “su carne no experimentará corrupción”.

A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo ha derramado. Esto es lo que está viendo y oyendo».

Palabra de Dios

Se puede abrir un diálogo teniendo en cuenta las siguientes preguntas:

- ¿Cuál de las expresiones de Pedro anunciando la Buena Nueva sobre Jesús, nos llaman la atención?, ¿quién es Jesús para mí?
- ¿Qué le digo al Señor en mi oración, a partir de esta Palabra?
- ¿Cómo puede mejorar mi relación con Jesús?

Después de escuchar algunas de las respuestas, el sacerdote, o quien dirija la Lectio Divina en su nombre, podría dar algunas orientaciones que ayuden a ampliar la comprensión de este texto. Aquí proponemos algunas ideas:

En el discurso de Pedro se esboza el contenido del anuncio apostólico (*kerigma*), objeto de la predicación y de la fe. Este anuncio expresa el testimonio sobre la muerte y resurrección

de Cristo y su posterior exaltación; recuerda los puntos principales de la misión de Jesús, anunciada por Juan Bautista, confirmada con signos y concluida con las apariciones del Señor resucitado y la efusión del Espíritu Santo; señala la llegada del tiempo mesiánico vaticinado por los profetas y hace un llamamiento universal a la conversión, para preparar así la parusía o segunda venida de Cristo glorioso. Son los mismos contenidos esenciales que nos han transmitido los evangelios escritos, especialmente los sinópticos.

San Juan Crisóstomo, al comentar el pasaje, resalta el cambio obrado en Pedro por la acción del Espíritu Santo, y la audacia del Apóstol: «¡Oíd predicar y discutir con valentía, entre la masa de enemigos, a aquel que poco antes temblaba ante la palabra de una simple sirvienta! Esta osadía es una prueba significativa de la resurrección de su Maestro, pues Pedro predica entre hombres que se burlan y se ríen de su entusiasmo (...). La calumnia no turba el espíritu de los Apóstoles; los sarcasmos no disminuyen su coraje, pues la llegada del Espíritu Santo ha hecho de ellos hombres nuevos y superiores a todas las pruebas humanas. Cuando el Espíritu Santo penetra en las almas es para elevar sus afectos y para hacer, de almas terrestres y de barro, unas almas escogidas y de un coraje intrépido (...). ¡Admirad la armonía que reina entre los Apóstoles! ¡Cómo ceden a Pedro la carga de tomar la palabra en nombre de todos! Pedro eleva la voz y habla a la muchedumbre con intrépida confianza. Tal es el coraje del hombre instrumento del Espíritu Santo (...). Igual que un carbón encendido, lejos de perder su ardor al caer sobre un montón de paja, encuentra allí la ocasión de sacar su calor, así Pedro, en contacto con el Espíritu Santo que le anima, extiende a su alrededor el fuego que le devora» (*In Acta Apostolorum* 4).

TEMA DE FORMACIÓN

ME FUE ENVIADO UN GUÍA Y COMPAÑERO DE CAMINO

En la catequesis anterior meditábamos en la figura de Felipe y el eunuco, que representan, de un lado, la imagen del hombre que está en búsqueda de Dios, y del otro, la de la Iglesia, que con su labor evangelizadora sale a anunciar la Buena Noticia de Jesús.

Hay una expresión particular del eunuco que llama la atención dentro del texto, Felipe le pregunta si entiende lo que lee, el eunuco le responde: ¿Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía? (Hch 8, 31). Podemos comprender esta dramática **situación del ser humano**: busca, intenta acercarse a la verdad, pero descubre que ésta es superior a sus fuerzas, que necesita ser guiado, acompañado por otro que pueda ser capaz, con la luz de la Palabra, de llevarlo al encuentro de Cristo.

En definitiva, se puede decir que el eunuco reclama la presencia de la Iglesia, que es aquella que en su pedagogía conduce al hombre a Cristo a través de un proceso que pasa por el **anuncio kerigmático**, que lleva a la persona frente a Jesús como su Señor y Salvador. Luego le llevará a iniciar su vida cristiana mediante la **catequesis**, la cual se convierte en el espacio para madurar su fe. Finalmente, la persona, a través de la experiencia **pastoral** podrá vivir en su vida cristiana la celebración de la liturgia, el compromiso apostólico y la formación permanente. Como nos recuerda nuestro Arzobispo, “estas tres etapas están profundamente unidas, ninguna puede encerrarse en sí misma ni excluir a las otras” (Mons. Ricardo Tobón Restrepo, *Desafíos que debe afrontar hoy la catequesis*).

Teniendo presente que el énfasis del Mes Misionero este año será la catequesis, conviene detenerse de manera especial en ella, para tratar de encontrar su significado y su lugar en el proceso de la vida cristiana.

El Directorio General para la Catequesis, la define como “un acto de naturaleza eclesial, nacido del mandato misionero del Señor y cuyo objetivo, como su nombre lo indica, es hacer que el anuncio de su Pascua resuene continuamente en el corazón de cada persona, para que su vida se transforme... la catequesis acompaña, educa y forma en la fe y para la fe, introduce en la celebración del Misterio, ilumina e interpreta la vida y la historia humana” (DGC 55).

De hecho, no hay que olvidar que etimológicamente la palabra catequesis significa “hacer eco”. Es decir, ella no tiene sentido si no es el eco de un primer anuncio. La catequesis por lo tanto hace parte de un “proceso” que se organiza en un “itinerario transformativo” que tiene un horizonte claro: la vida cristiana. El gran objetivo de la catequesis no es pues la preparación para recibir un sacramento. En este sentido se ha empobrecido el sentido de la catequesis. La catequesis es una maduración y educación de la fe. Por lo tanto, su gran objetivo es preparar para la vida cristiana.

Se pueden señalar algunos elementos que son constitutivos de la experiencia catequética: parte de la realidad del catequizando, se inspira en la **Palabra de Dios**, incluye una **formación doctrinal**, debe suscitar un proceso serio de **conversión**, se sella en la celebración de los **sacramentos**. Todos estos elementos se han visto reflejados de alguna manera en el texto que hemos meditado en la Lectio Divina con la que iniciábamos el encuentro. Si bien ese texto nos presenta el primer anuncio que hace Pedro a los que estaban reunidos el día de Pentecostés, se puede decir que recoge todos los elementos propios de lo que debe ser una catequesis. Conviene detenerse en ellos para tratar de hacernos conscientes de lo

que implica ser catequistas y del método propio que tiene la catequesis.

1. La catequesis parte de la realidad del catequizando

En el anuncio que hace Pedro el día de Pentecostés, vemos que él comienza por hacer referencia a la situación presente, a la *realidad concreta*: mientras la gente ve a los apóstoles hablar en lenguas y creen que están borrachos, Pedro les hace caer en cuenta que se trata de la experiencia del Espíritu que los ha llenado. Como se ve, Pedro no parte de abstracciones o de ideas fijas; al contrario, Pedro parte de la realidad que aquellos hombres y mujeres están viendo y oyendo y desde ahí comienza el anuncio de la Buena Noticia de Cristo.

San Agustín escribió una de las obras más antiguas sobre la catequesis, leemos en uno de sus capítulos: “Pero ya que ahora estamos tratando de los principiantes que debemos instruir, yo mismo te puedo asegurar, por lo que a mí respecta, que me siento condicionado, ya de una manera, ya de otra, cuando ante mí veo a un catequizando erudito o ignorante, a un ciudadano o a un peregrino, a un rico o a un pobre, a una persona normal o a otro digno de respeto por el cargo que ocupa, o a uno de ésta o aquella familia, de ésta o aquella edad, sexo o condición, de ésta o aquella escuela, formado en una u otra creencia popular; y así, según la diversidad de mis sentimientos, el discurso comienza, avanza y llega a su fin, de una manera o de otra. Y como quiera que, a pesar de que a todos se debe la misma caridad, no a todos se ha de ofrecer la misma medicina: la misma caridad a unos da a luz y con otros sufre, a unos trata de edificar y a otros teme ofender, se humilla hacia unos y se eleva hasta otros, con unos se muestra tierna y con otros severa, de nadie es enemiga y de todos es madre”. (*San Agustín, La catequesis a principiantes, I, 23*)

Esta expresión nos lleva a pensar que la catequesis no puede desconocer nunca la realidad del hombre con el que se encuentra; pues de esa realidad dependen no sólo la disposición de quien escucha, sino que debe ser también el punto de partida de quien catequiza. Es por eso que todo itinerario catequético debe ser personalizado, debe partir de la escucha atenta de quien se acerca a recibir la catequesis, debe buscar iluminar sus inquietudes y preguntas.

2. La catequesis se inspira en la Palabra de Dios

Para explicar la realidad que están viviendo aquella mañana de Pentecostés, Pedro se sirve de la Palabra del Señor, citando textos del profeta Joel y de los Salmos, que ayudaron a quienes lo escuchaban a entrar en el misterio del amor de Dios que se revela en Jesús y que se derrama por la fuerza del Espíritu Santo.

Esto nos hace pensar cómo la Palabra de Dios es lámpara y luz para la vida del cristiano (cf. Sal 118, 105); a través de ella el Señor hace arder nuestro corazón (cf. Lc 24, 32) y nos lleva al conocimiento del mismo Dios que nos habla a través de ella. No en vano dice el Apóstol que toda Palabra inspirada por Dios es útil para enseñar, para corregir y para amonestar (2 Tim 3, 16).

Leemos en el Directorio General para la Catequesis en el numeral 283: “Toda la evangelización está fundada sobre la Palabra de Dios, escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada. Las Sagradas Escrituras son fuente de la evangelización”, con ello comprendemos cómo, más que la transmisión de palabras humanas, la catequesis debe ser una experiencia de encuentro con la Palabra de Dios que interpela la vida del hombre y que lo lleva a una experiencia de encuentro con el Dios que le habla. Al final de cuentas, como bien nos lo dice el Documento de Aparecida: “Encontramos a Jesús en la Sagrada Escritura, leída en la Iglesia” (DA 247).

3. La catequesis incluye una formación doctrinal

El día de Pentecostés, Pedro explica con claridad a todos que aquello que están viviendo no es más que la muestra de la acción de Dios que ha actuado en Cristo, resucitándolo de entre los muertos, y que esta acción llega a su culmen en el envío del Espíritu Santo. Se puede decir que, sin caer en grandilocuencias o en discursos elevados, Pedro sabe llevar a quienes lo escuchan a que comprendan el misterio que tienen delante y a que descubran el llamado que Dios les hace a creer en eso que están viendo y oyendo (cf. 1 Jn 1,1).

Nosotros estamos acostumbrados a ver la catequesis como la transmisión de un contenido doctrinal. A lo mejor para muchos de nosotros la catequesis que recibimos antes de nuestra primera comunión o confirmación, consistió justamente en aprendernos de memoria las verdades de fe, que luego repetimos en el examen, pero que a lo mejor ya hemos olvidado.

Hoy estamos llamados a superar esta mentalidad, que reduce la catequesis al aprendizaje racional de una doctrina, y que no lleva a un verdadero encuentro con Jesús. Sin embargo, esto no significa que la catequesis no deba tener referencias al contenido doctrinal. Al contrario, si el objetivo de la catequesis mira a la vida cristiana, hay que tener presente que ella nos debe llevar a dar razón de nuestra esperanza (cf. 1 Pe 3, 15) y a afirmarnos en aquella fe que recibimos y que nos está salvando (cf. 1 Cor 15, 1-2).

San Pablo advierte a los de Éfeso la necesidad que tienen de formarse en la fe, “para que ya no seamos niños, sacudidos por las olas y llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina, por la astucia de los hombres, por las artimañas engañosas del error” (Ef 4, 14); de esta manera nosotros de-

bemos ver en la formación doctrinal una oportunidad para crecer y fortalecer nuestra fe.

4. La catequesis debe suscitar un proceso serio de conversión

Al escuchar las Palabras de Pedro el día de Pentecostés, muchos comenzaron a preguntarle: “¿Qué debemos hacer?”, a lo que Pedro respondió: “Arrepiéntanse” (cf. Hch 2, 37-38). Se trata de un llamado explícito a la conversión, que hace Pedro y que es propio del primer anuncio, como una manera del responder al anuncio de la salvación que se ofrece en Jesucristo. Sin embargo, la conversión no es algo que aparezca solamente al inicio de la vida cristiana; y por eso hay que afirmar que toda catequesis debe llevar a asumir de una mejor manera y con más radicalidad la vida nueva a la que estamos llamados todos los cristianos.

El Directorio General para la Catequesis en el numeral 56 insiste en que “la fe es un don destinado a crecer en el corazón de los creyentes. La adhesión a Jesucristo, en efecto, da origen a un proceso de conversión permanente que dura toda la vida. Quien accede a la fe es como un niño recién nacido que, poco a poco, crecerá y se convertirá en un ser adulto, que tiende al «estado de hombre perfecto», a la madurez de la plenitud de Cristo”.

Por eso no se entiende una catequesis que no esté orientada a acompañar el proceso permanente de conversión del cristiano y que motive a que siempre estén apareciendo de forma más clara y mejor los rasgos de Cristo, que el Espíritu Santo pone en aquellos que se abren a su gracia.

5. La catequesis se sella en la celebración de los sacramentos

Finalmente, hay que recordar que todo aquel discurso de Pedro el día de Pentecostés llevó a que unos tres mil hermanos fueran bautizados y se unieran a la comunidad de los que el Señor iba salvando (cf. Hch 2, 41).

Se puede decir que la celebración de los sacramentos es la meta natural de la catequesis, en el sentido de que lleva a los hombres a unirse a la vida de Cristo, gozando de los efectos de su misterio Pascual, que se reciben, de manera particular, a través de la participación en la liturgia. Esto no quiere decir que la catequesis se agote en la experiencia de la catequesis pre-sacramental con la que la Iglesia prepara por ejemplo a los catecúmenos a recibir su iniciación cristiana o a los niños a acercarse a la primera comunión; sin embargo, si se debe entender que estos momentos de recepción de los sacramentos son, unos espacios fundamentales para vivir una experiencia de crecimiento en la vida de la fe.

Pero los sacramentos necesitan no sólo de una catequesis previa, sino de una catequesis permanente, que nos lleve a profundizar en su sentido, a comprender su forma celebrativa, y a descubrir sus efectos en la vida del cristiano. Es por eso que la catequesis no se agota en lo pre-sacramental, sino que se extiende a una catequesis permanente que busca llevarnos a participar consciente, activa y fructuosamente de la celebración sacramental (cf. SC 11).

Consideraciones finales:

Este camino que aquí se ha expuesto debería llevarnos a algunas conclusiones prácticas:

- El descubrimiento de que todos necesitamos catequesis: no podemos reducir la catequesis simplemente a pre-

parar algunos sacramentos; debemos ser conscientes de la necesidad de profundizar en nuestra experiencia de fe, y esto se logra mediante una catequesis permanente a la que todos estamos llamados a participar.

- La necesidad que tenemos de entrar en la dinámica de una auténtica catequesis: que supere la transmisión de conocimientos doctrinales y lleve a una verdadera experiencia de Cristo y de profundización en la vida de fe. Ser catequista es un arte, que se consigue conjugando el esfuerzo del catequista por prepararse y la acción del Espíritu Santo que actúa a través suyo.

- El discernimiento del llamado que Dios hace a la Iglesia en este momento de la historia: para que sepa acompañar a los creyentes en su camino de fe, mediante una decidida acción evangelizadora que incluya el primer anuncio, la catequesis y la pastoral, que no son, como se dijo, tres procesos separados, sino las partes de un camino en el que la Iglesia acompaña a cada cristiano en su adhesión al Señor, hasta que Cristo se forme en ellos (cf. Gal 4, 19).

- La importancia de una catequesis que acompañe permanentemente en el Camino de Fe: lo visto anteriormente nos debe llevar a considerar que “la catequesis debe a menudo preocuparse, no sólo de alimentar y enseñar la fe, sino de suscitarla continuamente con la ayuda de la gracia, de abrir el corazón, de convertir, de preparar una adhesión global a Jesucristo en aquellos que están aún en el umbral de la fe” (CT 19); de ahí la importancia de encontrar y acoger a cada persona que se acerca a la catequesis como un don de Dios y como un reto para que la Iglesia le sepa acompañar en su camino y necesidades.

Oración final:

Señor, calma nuestra sed,
danos a beber del Agua viva.

Sé Tú nuestro compañero de camino,
disipa la oscuridad de nuestras dudas;
aliéntanos en medio de la fatiga,
que tu luz y tu fuerza me lleven
hasta el final de esta ruta.

Tú, Pastor bueno,
de entrañas conmovidas,
de lágrimas compasivas,
avanza especialmente
con quien sufre el agobio
y el agotamiento en su vida.

Señor, enriquecéenos con tu Palabra,
aliméntanos con el Pan de vida.

Gracias, Señor, por caminar conmigo,
por ser mi guía y compañero.

Gracias, Caminante, por enviar misioneros,
que recorren los senderos de mi barrio,
de mi vereda y del mundo entero.



TERCER ENCUENTRO DE FORMACIÓN

SIGUIÓ SU CAMINO LLENO DE ALEGRÍA

Objetivo: Valorar la catequesis permanente como condición indispensable para avanzar en el camino de la vida cristiana.

Bienvenida: El moderador de la reunión acoge de nuevo a los participantes, les permite hacer un breve recuento de los dos encuentros anteriores y les dispondrá a detectar la importancia de una catequesis permanente para “seguir el camino de fe” con perseverancia y alegría.

Oración Inicial:

Ven, Espíritu Santo, concédenos tus dones,
Ven, Espíritu del Padre, acógenos en tu amor,
Ven, Espíritu del Hijo, guíanos por el Camino de la Fe.

Ven, Espíritu Divino,
que descubramos la luz de la Palabra;
ven, Espíritu Santo,
que tu fuego arda en nuestros corazones;
ven, Espíritu Santo,
que tu amor eterno nos colme y nos guíe.

Ven Espíritu Santo,
que tu presencia, sea manantial de gracia;
que tu paciencia, nos perdone y nos sane;
que tu santa unción, nos consagre e impulse.

Ven, Espíritu Divino,
que no perdamos la alegría de ser tus testigos;
que no orientemos nuestras vidas hacia el egoísmo;
que nunca nos separemos de Ti;
que no nos desanimemos a causa de las pruebas.

Ven, Espíritu Santo,
enciende la hoguera de la fe en mi familia,
Ven, Espíritu del Padre,
abrázanos con tu presencia misericordiosa;
Ven, Espíritu del Hijo,
guía nuestra comunidad de fe, hoy y siempre.
Amén.

Lectio Divina

Del libro de los Hechos de los Apóstoles

(Hch 3,1-11)

“En aquellos días, Pedro y Juan subían al templo, a la oración de la hora de nona, cuando vieron traer a cuestas a un lisiado de nacimiento. Solían colocarlo todos los días en la puerta del templo llamada 'Hermosa', para que pidiera limosna a los que entraban. Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna. Pedro, con Juan a su lado, se quedó mirándolo y le dijo: 'Míranos'.

Clavó los ojos en ellos, esperando que le darían algo. Pero Pedro le dijo: 'No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda'.

Y agarrándolo de la mano derecha lo incorporó. Al instante se le fortalecieron los pies y los tobillos, se puso en pie de un salto, echó a andar y entró con ellos en el templo por su pie, dando brincos y alabando a Dios. Todo el pueblo lo vio andando y alabando a Dios, y, al caer en la cuenta de que era el mismo que pedía limosna sentado en la puerta Hermosa del templo, quedaron estupefactos y desconcertados ante lo que le había sucedido”.

Palabra de Dios

Se puede abrir un diálogo teniendo en cuenta las siguientes preguntas:

- ¿Qué frase o expresión de este pasaje bíblico me parece significativa?
- ¿Siguiendo la dinámica de este texto, de qué me puede levantar o sanar el Señor?
- ¿Qué oración surge de mi corazón, a partir de esta Palabra?
- ¿Cuáles pueden ser los compromisos para mantenerme en el camino de los discípulos de Jesús con fortaleza y alegría?

Después de escuchar algunas de las respuestas, el sacerdote, o quien dirija la Lectio Divina en su nombre, podría dar algunas orientaciones que ayuden a ampliar la comprensión de este texto. Aquí proponemos algunas ideas:

La realidad del mendigo de la Puerta Hermosa, nos habla de nuestras propias realidades en el mundo de hoy, en el que encontramos personas paralizadas por la decepción o desorientados por la confusión; otros se hallan empobrecidos, luego de recorrer vías que los llevaron a callejones espirituales. Algunos más, se dan por vencidos, instalándose en un estilo de vida aletargado y ficticio. Lo cierto es que la sed espiritual permanece y parece no saciarse. El estado de mendicidad para resolver el día a día, no nos permite reconocer que realmente no sabemos pedir lo que necesitamos para saciar la necesidad profunda de nuestro ser. Sin embargo, conservamos el asombro frente a la persona que manifiesta una auténtica fraternidad, en medio de la indolente frivolidad del mundo.

No nos quedemos en la Puerta, ingresemos al templo del Cuerpo de Cristo. No nos quedemos paralizados por las situaciones del pasado, ni estancados en las “sin salidas” del mundo, avancemos por el camino que es Jesús mismo. No

nos instalemos en mendicidades mundanas ni en pobreza espirituales, abracemos el tesoro sobreabundante de la fe en Cristo Jesús.

El encuentro del mendigo con Pedro y Juan, nos lleva a descubrir la fe como un gran regalo, un don divino, un gran tesoro. Paradójicamente, la abundancia de este tesoro, su riqueza, aumenta en la medida en que la compartimos.

¡Alegrémonos de todo corazón! El Camino de Fe que se nos abre en Cristo nos llena de esperanza y de misericordia. Demos gracias a Dios por confiar en nosotros para ser misioneros en el mundo de hoy, aquí y ahora. Pidámosle que nos dé buenos catequistas para nuestra parroquia, para nuestra Arquidiócesis; catequistas, compañeros de camino que nos guíen en el discipulado y nos ayuden a descubrir el camino que nos lleva a ser nuevos testigos y misioneros. Miremos, entonces, cómo podemos avanzar en ese camino.

TEMA DE FORMACIÓN

AVANZANDO EN LA FE Y EN LA FRATERNIDAD

Al comenzar este tercer encuentro de preparación para la realización del Mes Misionero en nuestra Arquidiócesis, conviene que recordemos una vez el texto que nos ha venido guiando a lo largo de estos encuentros: el camino que hizo el diácono Felipe con el eunuco de la reina de Etiopía; en el que como hemos visto en los encuentros anteriores Felipe comparte el camino de desierto que vive este hombre y, a través del anuncio de Cristo, lo lleva a renovar el paisaje de su corazón (1er encuentro). Para hacerlo, Felipe realiza un itinerario catequético en el que lo acompaña y escucha, lo ilumina con la fuerza de la Palabra, le abre las puertas de la fe, lo invita a abrirse a la experiencia de la conversión, y lo conduce a las aguas del Bautismo, mostrándonos así todo el itinerario del anuncio y de la catequesis (2° encuentro).

En este tercer encuentro queremos volver sobre el final de este texto, donde, tras la celebración del Bautismo, y al cierre de toda la escena, se hace un apunte significativo refiriéndose al eunuco: “Siguió su camino lleno de alegría” (Hch 8, 39). Es una indicación interesante que nos lleva a pensar que el anuncio y la catequesis de Felipe no son el punto de llegada; es un gran “paso” que ha conducido al Etíope a vivir su vida cristiana, pero éste necesitará ser acompañado a lo largo de una catequesis permanente y de un ejercicio pastoral. De esta manera la Iglesia presenta su rostro maternal, que no sólo acompaña en el comienzo de la vida de fe, sino que, como madre, sabe hacerse presente a lo largo de la vida de sus hijos, ayudándolos a no perder su camino y fortaleciéndolos cuando decaen, para que así no se trunque el proyecto salvador de Dios, sino que esa obra buena pueda llegar a término (cf. Fil 1,6).

Esto también lo hemos podido ver reflejado en el texto que meditado hoy en la Lectio Divina: el encuentro de Pedro y Juan con este mendigo. El Papa Francisco, en su catequesis del 7 de agosto de 2019, reflexionó sobre este texto, mirando en la figura de Pedro y Juan un modelo de la acción de la Iglesia. Dice el Papa que aquí aparece el retrato de la Iglesia, que ve a quien está en dificultad, no cierra los ojos, sabe mirar a la humanidad a la cara para crear relaciones significativas, puentes de amistad y solidaridad en lugar de barreras. Aparece el rostro de una Iglesia sin fronteras que se siente madre de todos (EG 210), que sabe tomar de la mano y acompañar para levantar, no para condenar”; y luego continúa el Papa diciendo: “es el arte del acompañamiento que se caracteriza por la delicadeza con la que uno se acerca a la tierra sagrada del otro, dando a nuestro caminar el ritmo sanador de *proximidad*, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana (EG 169)”.

En ese acompañamiento permanente en la fe que hace la Iglesia mediante la catequesis permanente y la actividad pastoral, se pueden señalar cuatro aspectos importantes: la necesidad de crecer en el conocimiento de la fe que nos lleve a *profundizar* la adhesión a Jesucristo salvador; estar *vigilantes* para no estancarse ni decrecer en la vida cristiana; perseverar en la *comunidad*, sabiendo que ese es el lugar donde se fortalece la experiencia de seguimiento de Jesús y, finalmente, vivir un *compromiso apostólico* que nos lleve a ser auténticos testigos de la acción de Dios en nuestra vida, según los carismas que cada uno ha recibido.

1. Necesidad de profundizar en la experiencia de fe

La fe que se recibe en el primer anuncio y que comienza a profundizarse a través de la catequesis, no se agota en unos cuantos contenidos doctrinales, sino que es un pozo hondo y profundo en el que se puede beber siempre el agua viva, que es la única capaz de saciar la sed de todos los hombres. La Carta a los Efesios habla de lo ancho y largo, lo alto y profundo, que es el amor de Dios (Ef 3, 18), y el cristiano debe siempre acercarse a él para descubrir sus riquezas.

La catequesis se presenta en la Iglesia como un itinerario permanente que acompaña al ser humano para que a lo largo de su vida pueda seguir profundizando su fe. Como bien lo explica el Directorio General para la Catequesis, la catequesis permanente “se dirige a los cristianos iniciados en los elementos básicos, que necesitan alimentar y madurar constantemente su fe a lo largo de toda la vida” (DGC 52).

Ahora bien, esta educación permanente en la fe no debe entenderse solamente como una profundización doctrinal, pues *no conviene confundir la catequesis con la teología*. No se puede perder de vista que el objetivo de la catequesis es llevar a profundizar la fe recibida en el primer anuncio. En el fondo la catequesis permanente debe llevar siempre a renovar la experiencia del encuentro con Jesucristo. Así lo dice el documento de Aparecida: “este encuentro debe renovarse constantemente por el testimonio personal, el anuncio del kerygma y la acción misionera de la comunidad. El kerygma no sólo es una etapa, sino el hilo conductor de un proceso que culmina en la madurez del discípulo de Jesucristo” (DA 278).

Al final, la catequesis permanente *no debe llevar solamente a saber más, sino sobre todo a vivir mejor la experiencia cristiana*. Así descubrimos que “la catequesis es tan necesaria para la

madurez de la fe de los cristianos como para su testimonio en el mundo: ella quiere conducir a los cristianos en la unidad de la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios y a formar al hombre perfecto, maduro, que realice la plenitud de Cristo; también quiere que estén dispuestos a dar razón de su esperanza a todos los que les pidan una explicación” (CT 25).

2. La vigilancia cristiana

Uno de los núcleos fundamentales del anuncio de Jesús es el llamado a la vigilancia (cf. Mt 24, 42-51; Mc 13, 33-37; Lc 12, 35-48). El Papa Francisco, en su audiencia del 14 diciembre de 2022, reconoce que “Jesús en su predicación insiste mucho en el hecho de que el buen discípulo está vigilante, no se duerme, no se deja llevar por la excesiva seguridad cuando las cosas van bien, sino que permanece atento y preparado para hacer el propio deber”.

Y frente a esta actitud, insiste también el Papa que se trata de “vigilar para custodiar nuestro corazón y entender qué sucede dentro. Se trata de la disposición del alma de los cristianos que esperan la venida final del Señor; pero se puede entender también como la actitud ordinaria que hay que tener en la conducta de vida, de forma que nuestras buenas decisiones, realizadas a veces después de un arduo discernimiento, puedan proseguir de forma perseverante y coherente y dar fruto.”

El cristiano no puede situarse frente a la realidad con ingenuidad, y mucho menos puede dejarse llevar por la pereza o la mediocridad. No en vano Jesús nos llama a ser “astutos como serpientes y mansos como palomas” (Mt 10,16), de cara a poder librar la buena batalla de la fe (1 Tim 6, 12). Por eso podemos decir que “si falta la vigilancia, es muy fuerte, aparece el riesgo de que se pierda todo. No se trata de un peligro de tipo psicológico, sino de tipo espiritual, una verdadera insidia del espíritu malo.”

El acompañamiento que hace la Iglesia debe llevar al cristiano a estar vigilante, debe ayudarlo a que no se apaguen sus lámparas (cf. Mt 25, 1-13), ni a que se escondan los talentos (cf. Mt 25, 24-28), ni a que la caridad quede inactiva (cf. Mt 25, 31-46); sino que más bien pueda responder a la vocación que ha recibido del Señor, reavivando constantemente el don de Dios que hay en cada uno (cf. 2 Tim 1, 6).

3. La experiencia de comunidad

Un cristiano que ha vivido un encuentro con Jesús y que ha sido iniciado en su experiencia de fe por medio de la catequesis, corre el riesgo de quedar a la deriva si no se integra a una familia de fe donde pueda sentirse acompañado por unos hermanos, con los que pueda vivir en lo concreto, el mandamiento nuevo del amor, y de los que recibe fuerza y apoyo en su camino.

El Documento de Puebla, cuando habla de la Iglesia se refiere a ella con el concepto de “familia de Dios” (cf. DP 238-249); y explica que “muchas parroquias y diócesis acentúan también lo familiar ... Porque la Iglesia no es el lugar donde los hombres se «sienten», sino donde se «hacen» —real y profundamente— Familia de Dios. Se convierten verdaderamente en hijos del Padre en Jesucristo, quien les participa su vida por el poder del Espíritu, mediante el Bautismo” (DP 240).

Pero de manera particular, insiste en que “el hombre vive su vocación fraterna en el seno de la Iglesia particular, en comunidades que hacen presente y operante el designio salvífico del Señor, vivido en comunión y participación” (DP 617). Esta es la pequeña comunidad: la familia de fe que el Señor regala a cada cristiano.

Dentro de las dimensiones de la pequeña comunidad hay algunas son particularmente importantes: es el lugar de la catequesis permanente de la fe, que se hace a través de la

escucha de la Palabra y de la profundización doctrinal, pero que sobre todo se hace vida en la experiencia fraterna y el testimonio permanente de los hermanos.

En nuestra Arquidiócesis nos hemos comprometido desde el año 2012 en trabajar pastoralmente en un programa de “iniciación y consolidación de pequeñas comunidades eclesiales”, y a través de cuatro metodologías diversas: Sistema Integral de Nueva Evangelización (SINE), Comunidades Eclesiales de Base (CEB), Camino Neocatecumenal, y Comunidades Eclesiales por el Reino de Dios (CER), se ha abierto la posibilidad de que cada cristiano encuentre un ámbito vital para profundizar y perseverar en su vida de fe.

Debemos hacernos conscientes de que el esfuerzo misionero que hacemos en cada parroquia quedaría estéril si no ponemos a cada cristiano en una pequeña comunidad. Sería dejarlo sólo y abandonado, sería privarlo de los elementos que lo pueden ayudar a madurar su experiencia cristiana. No olvidemos que el verdadero acompañamiento que podemos dar a un hermano pasa por la vida de la pequeña comunidad. Fortalecer las pequeñas comunidades que hay en nuestra parroquia o formar unas nuevas debería ser un fruto maduro de las acciones que emprendamos en este mes misionero.

4. El testimonio cristiano y el compromiso apostólico

La vida cristiana puede ser comparada con la dinámica de un árbol: la fe se siembra mediante el anuncio kerigmático, se ayuda a crecer mediante la catequesis, pero debe llegar a fructificar mediante la experiencia pastoral, donde aparecen dos ejes concretos: el testimonio cristiano y el compromiso apostólico. Aquí podemos aplicar aquellas palabras de Jesús: “por sus frutos los conocerán” (cf. Mt 7, 16).

Por el primero, cada cristiano está llamado a responder a esa vocación encomendada por Jesús de ser luz del mundo, permitiendo que por las obras de su vida todos descubran la experiencia de Dios que hay en su corazón (cf. Mt 5, 14-16). Esto requiere que cada persona entre por un camino de conversión permanente, cuando de no amoldarse a los criterios del mundo, sino dejándose transformar para encontrar y realizar en toda la voluntad de Dios (cf. Rom 12, 2-3).

El Directorio General para la Catequesis recuerda que la iniciación cristiana, que es acompañada por la catequesis, no busca llevar a los catecúmenos sólo a una celebración ritual de los sacramentos, sino que es todo un proyecto de vida, que debe vivirse a lo largo de toda la vida. Así, “la profesión de fe bautismal se sitúa en los cimientos de un edificio espiritual destinado a crecer. El bautizado, impulsado siempre por el Espíritu, alimentado por los sacramentos, la oración y el ejercicio de la caridad, y ayudado por las múltiples formas de educación permanente de la fe, busca hacer suyo el deseo de Cristo: Ustedes sean perfectos como su Padre celestial es perfecto. Es la llamada a la plenitud que se dirige a todo bautizado” (DGC 56).

En este sentido ocupa un lugar especial la celebración de la Eucaristía dominical, que no debe verse solamente como un acto de cumplimiento sacramental, sino como una experiencia de encuentro con el Señor que, en su Palabra ilumina nuestra vida, nos alimenta para asumir el compromiso misionero y que debe prolongarse en la vida cotidiana por medio del testimonio de vida que dé cuenta de la presencia del Señor en la vida.

Una forma concreta del testimonio cristiano es el compromiso apostólico, donde cada uno, consciente de los carismas que ha recibido del Señor, se vincula de una forma concreta a la vida de la Iglesia por medio de diversas iniciativas donde se vive en concreto la solidaridad con los necesitados, el acom-

pañamiento a los hermanos o un servicio concreto en bien del Cuerpo de la Iglesia.

Es muy importante que cada persona encuentre un camino concreto de apostolado como espacio de proyección de su vida cristiana. Para eso es recomendable que podamos conocer la variedad de grupos apostólicos que tenemos en cada parroquia y que se convierten en medios a través de los cuales cada uno puede vivir esta dimensión de su vida de fe.

La misión que hacemos al visitar los hogares, en las asambleas familiares o en las diversas iniciativas del mes misionero es un buen espacio para que propongamos a todas las personas el poder pertenecer a un grupo apostólico, en el cual pueda hacer fructificar su fe, en el servicio a la Iglesia y a los hermanos. Para ello, es conveniente motivar a que cada uno haga un claro discernimiento de los carismas que le ha encomendado el Señor y que ayudan a cada persona a encontrar su lugar en la Iglesia.

Como se ve, todo lo anterior nos lleva a pensar que la misión y la catequesis son parte de un proceso más amplio que es la vida cristiana, que es un camino que se propone cada cristiano para realizar en su vida el proyecto de Dios. Debemos hacernos conscientes y ayudar a que cada hermano no sólo viva un proceso de iniciación, sino que pueda también, como el eunuco, seguir contento su camino, asumiendo en serio su proyecto de vida bautismal como camino de santificación personal, que es la meta de toda vida cristiana.

Oración final:

Cristo, nuestro hermano:

Tú eres Camino, Luz y Vida.

Guíanos en nuestro caminar.

Abre Tú nuestros ojos a la vida,

para que en todo cuanto veamos,

sintamos las muestras infinitas de tu amor.

Ahora que nos hacemos mayores

dirige Tú nuestros pasos,

para que ninguno sea dado en falso.

Danos un corazón manso y humilde como el tuyo.

Que comprendamos, amemos

y sirvamos, cada vez mejor a nuestros hermanos.

Que en nuestros labios no haya mentira.

Que busquemos siempre la verdad.

Que sepamos huir de la tentación.

Que nuestra amistad contigo nunca se rompa.

Haznos apóstoles, para saber

iluminar a nuestros hermanos,

con la misma luz que recibimos de Ti;

para amarles como Tú nos amas;

para servirles como Tú nos serviste a nosotros.

Enséñanos a perdonar a cuantos nos ofenden,

para que también nos perdone el Padre.

Que seamos fieles testigos tuyos,

de modo que quien nos vea te vea a Ti.

Que el Padre se complazca en nosotros

porque nos vamos asemejando a Ti.

Concédenos servirte fielmente en este día.

Manténnos en tu gracia.

Sé nuestro refugio y nuestro apoyo.

Que todos nuestros pensamientos, nuestras palabras,

nuestras acciones, sean para Tí.



Arquidiócesis de Medellín
Vicaría Episcopal de Pastoral
Mes Misionero 2023
Catequesis: Camino de Fe

Formación para Coordinadores y Misioneros

Diseño y diagramación: Delegación Arzobispal para Comunicaciones
Calle 57 No. 49-44, oficina 328
Tel. 322 77 00 ext. 1439 arqmedellin.co comunicaciones@arqmedellin.co
Medellín-Colombia



ARQUIDIÓCESIS
DE MEDELLÍN